

La sorpresa es tenerle aquí, a mi lado. No le creí anteayer cuando, al otro lado de la línea, respondió sin darme tiempo. No, no le esperábamos.

—Cogeré el primer avión —dijo—. No quiero faltar. Todos juntos otra vez. Eso es también una sorpresa: volver a estar los que quedamos. Aquí. Y mentiría si dijera que no me alegra, a pesar de que las circunstancias sean las que son. Una muerte nos reúne, pero la compañía me hace bien. Tanto tiempo sin coincidir los cuatro...

Impoluto y elegante, el pelo blanco y fuerte, pantalones de lino y zapatos caros. Papá ha aparecido hace un par de horas por el camino que llega desde la iglesia con su maleta de ruedas como un turista accidental. Es un hombre recio, bien tratado por el tiempo y la suerte. Conserva la altura que sólo dan una espalda recta y una musculatura con la que sigue sorprendiendo a los médicos, a la vida y a su público.

—Menudo atajo de quinquis —susurra ahora a mi lado

sin apartar la mirada de los operarios que manipulan la tumba de mamá como quien intenta cerrar una lata gigante. Siento su mano sobre mi hombro. No es el peso de la mano de un hombre de ochenta y cinco años, ni tampoco la de un padre que acaba de volar durante quince horas entre continentes para llegar a tiempo al entierro de su ex mujer.

En cuanto noto el contacto de sus dedos, me miro los míos y, al verme las uñas negras y mordidas, me las clavo en las palmas, avergonzada. Tengo uñas de vieja, agrietadas y mal cuidadas. Mamá me reñía continuamente por llevarlas así. Chasqueaba la lengua y me miraba con cara de pena. Uñas de pobre, decía.

—¿Y qué quieres? Si en vez de tener una hija ceramista hubieras tenido a una profesora de tango, o a una enfermera, te aseguro que otro gallo nos cantaría —le repetía yo mientras la lavaba. Ella me dejaba hacer, perdida en sus cosas durante unos minutos, hasta que llegaba su respuesta, también repetida. Siempre la misma. Casi como un juego.

—Si te hubieras casado cuando todavía podías, no tendrías que haberte pasado la vida amasando barro —mascullaba entre dientes—. Ahora eso ya no tiene remedio, claro.

Tenía razón. Han sido muchos años trabajando el barro, entre la humedad fría del torno y la torridez del horno. Dedicada primero al barro y luego a cuidar de ella.

Quizá, ahora que ni mamá ni la cerámica están, empiece a cuidarme. Aunque puede que no, que sea tarde. Hay cosas que no tienen remedio.

—No sabes cuánto me alivia ver que no ha venido nadie de la prensa, hija. Sólo nos faltaban esos buitres rondando por aquí —sentencia papá de nuevo, rompiendo con su fingido alivio el silencio tenso que nos envuelve.

A su derecha asoma el verde de la chaqueta de Verónica y, junto a ella, el perfil amable de Lucas. En fila. En fila los cuatro frente a la tumba como un pequeño batallón de niños esperando un castigo delante de la pizarra. A nuestro alrededor, dos pequeñas paredes de nichos semivacíos como dos dentaduras picadas y al otro lado, el mar.

Papá vuelve la mirada hacia la entrada y estira el cuello con un gesto estudiado, teatral.

—Porque estamos seguros de que no ha venido prensa, ¿verdad?

Me hace reír y yo se lo agradezco. Sabe que su humor encuentra fácilmente el mío y me dejo arropar por él porque sé que estoy en buenas manos. Luego pasan tres cosas.

Una: nos miramos. Dos: me guiña el ojo. Tres: su guiño me llena la garganta de una bola de lágrimas que no verán la luz mientras rompen a tocar las campanas de la iglesia y el olor a hojas húmedas lo llena todo. Es primavera y el sol calienta la tierra mojada por la lluvia tranquila de ayer. Tanta paz...

—No, abuelo. No ha venido nadie... —responde Lucas a deshora, con una sonrisa que quiere ser tranquilizadora, hablándole al aire de la tarde. Papá parpadea, incrédulo ante la inocencia del comentario, y Lucas cae de pronto en la cuenta de que la pregunta de papá era una simple puesta en escena con la que quebrar este silencio pesado. Una estrategia de viejo, nada más. Sacude la cabeza y reconduce su sonrisa, ahora más serena, casi infantil.

Por fin los de la funeraria terminan de colocar la losa de piedra que tapa la tumba y se retiran. Al pasar junto al portón de hierro, uno de ellos, el más joven, tropieza con la rama muerta de un ciprés y aterriza sobre el escalón de la entrada.

—La madre que parió... —suelta entre dientes. Luego se levanta y se escabulle hasta el coche con la mirada baja. Papá me da un apretón en el hombro y yo trago saliva mientras el coche arranca y nos deja a los cuatro solos delante de mamá.

Entonces, como es costumbre entre los que vamos quedando, nos situamos alrededor de la enorme losa de piedra y esperamos a que alguien diga algo. No sé por qué lo hacemos ni de dónde nos viene la costumbre. Lo hicimos cuando enterramos a Fernando y a Emma, aunque entonces todo era distinto. Todos más jóvenes, menos curtidos en el dolor. Papá y mamá rotos por la pérdida de un hijo, los padres de Emma también. Verónica y Lucas, dos niños encogidos y ausentes, vacíos de padre

y madre. También entonces, primavera; pero el cielo estaba cubierto de nubes negras como el agua del océano. Había tanta gente en el cementerio que tardamos horas en poder quedarnos a solas junto a la tumba y retomar lo que era sólo nuestro. Había prensa a la que atender, mucha. Fernando Hoffman, el gran galán de las pantallas y de los escenarios, hijo de «La Voz», marido de Emma T., hija de..., nieta de..., la pareja ejemplar del cuché, tan discretos, tan queridos... Nos sentamos y cada uno lloramos lo que pudimos. A solas, pero en compañía, como suele hacerse todo en esta familia.

—Menuda chusma. A saber de dónde habréis sacado a semejante pandilla de mangantes —farfulla papá, asesinando con la mirada al coche fúnebre que se aleja por el camino. Luego, saca un pañuelo del bolsillo y lo despliega sobre la losa antes de sentarse encima—. Ése, el que se ha caído, el canijo, era... por lo menos —balbucea entre dientes, buscando una palabra que se le resiste, hasta que escupe— ... ilegal.

Verónica se vuelve hacia él con una mueca contenida.

—Abuelo...

—... o moro. O algo peor —remata, arrugando el morro. Lucas enciende un cigarrillo y se atusa el pelo. Tiene un pelo castaño y lacio. Cada vez se parece más a su padre. A su edad, Fernando se movía igual, la misma cadencia al andar, los mismos ojos verdes. Y los gestos, también los gestos.

—No empieces, abuelo. Haz el favor. —Es la voz de Verónica, una voz acerada de niña dura que no se corresponde con la mujer de facciones maduras y sonrisa entera en la que se ha convertido. Verónica es una de esas mujeres que parecen no estar, que viven concentradas en algo que no comparten. A veces, cuando reacciona, pregunta cosas que dicen muchas otras, muñecas rusas llenas de metralla. Siempre fue así.

Papá ni siquiera la mira.

—No empieces, no empieces —masculla entre dientes—. Eso, mejor nos callamos la boca y seguimos tragando quina mientras el mundo se llena de cafres y nadie dice nada. Así nos luce a todos —sentencia, levantando los ojos y clavándolos en los jirones de nubes que colman este cielo.

Más silencio. Hoy es abril y esto un diminuto cementerio centenario colgado al borde del Atlántico. Azul, azul el cielo y el océano que separan a esta familia desde hace años. Papá instalado en la otra orilla, en ese Buenos Aires que yo sólo imagino porque me aterra volar y no he sido capaz de reunir el valor ni el arrojo para ir a verlo. Nosotros en esta otra. Él viene una semana al año a hacerse un chequeo. Mi puesta a punto, lo llama. Siete días de operación *Renove* a cuerpo de rey en la misma clínica de lujo de la que sale con una sonrisa de estrella ofuscada, intentando esquivar a los fotógrafos y a la prensa que él mismo convoca. Luego se marcha. Así desde hace

años, desde que dejó a mamá y puso agua de por medio entre lo que fue y lo que quería dejar atrás.

—Perdona, pequeña —se disculpa ahora con voz arrepentida—. Tienes razón. —Verónica arquea una ceja y me lanza una mirada extrañada—. Qué culpa tendrán esos pobres desgraciados de ser tan... —inspira hondo, baja la mirada y remata con una mueca de estrella compungida—: desgraciados.

Su arrebató de falsa compasión se diluye en el eco hueco del cementerio. No le gusta. No le gusta nuestro silencio. Ni tener que contemplarse en él. Me mira con cara de niño insatisfecho y aprieta los dientes. Y es que hay varias cosas que el gran Rodolfo Hoffman detesta desde siempre: una son los médicos y los hospitales públicos. La otra, que no le rían las gracias.

Lucas enciende un cigarrillo y el chasquido del encendedor saca a papá de su burbuja de ego dolido. Se vuelve hacia su nieto con cara de fastidio y arruga el morro.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunto, intentando distraerle como se distrae con un sonajero a un bebé que, ante un juguete no concedido, anuncia una pataleta.

Arranca una brizna de hierba y se la mete en la boca.

—¿Cuánto tiempo te gustaría? —bromea con aires de seductor, como si mirara directamente a cámara.

No le contesto. No me gusta lo trivial de su respuesta ni que me hable así, tan sin cuidado, tocando sin medirse lo que duele. Debería saberlo.

—Dos días. Vuelo pasado mañana —dice, poniéndose serio.

Siento un leve pinchazo en el pecho. Es un pinchazo conocido, convivido. Tan pronto...

—El lunes tengo una gala, una de esas maratones benéficas que organiza un canal de televisión para enfermos de no sé qué. No puedo faltar.

Silencio. Pasa un segundo, dos, tres. A punto estoy de pedirle que se quede un poco más, que dos días no son nada. A punto, sí, pero no digo nada y él baja los ojos y clava en mi mano un ceño arrugado de cejas espesas. Tarda poco en preguntar.

—¿Y la muñeca? ¿Cómo sigue?

Mi muñeca, pregunta, jugando también él a despistar. «La muñeca es lo de menos —estoy tentada de responder—. Lo peor es todo lo que ha traído con ella. Lo que no se ve.» Vuelvo a oír de pronto la voz aburrida del médico del hospital cuando, días atrás, me quitó el yeso y dejó al descubierto lo que yo llevaba tiempo intuyendo:

—Los huesos no han quedado bien soldados. Quizá tengamos que plantearnos operar.

No he vuelto al hospital. Desde entonces, la mano se me hincha y se me deshincha cuando le da la gana. A veces duele tanto que pagaría para que me la cortaran. Hoy no.

Lo que la caída trajo consigo tiene nombre de mujer. La fractura se tradujo en dolor, el dolor en dos meses de

yeso, el yeso en necesidad de ayuda y todo ello conjuró la llegada a casa de Marianne. Sí, lo peor se llama Marianne, el efecto secundario de un estúpido accidente que podía haber quedado en nada y que colea como cualquiera de esas historias tan típicamente mías, tantas veces repetida en el catálogo de errores de Martina. Mamá la odió desde el principio, aunque desde que papá se marchó su odio era tan general y tan falto de criterio que no indicaba nada, y yo no quise hacerle caso. Necesitaba ayuda y Marianne se me anunció nacida para ayudar. Me equivoqué.

Cuando anteayer papá me llamó para anunciarme su llegada, decidí que lo mejor era prepararle de algún modo para un posible encuentro con ella. Fui torpe, aunque logré salir del paso. Dejé caer entre datos el nombre de Marianne como quien no quiere la cosa, como se menciona algo que no cuenta. Funcionó, sí. Aunque sólo unos segundos.

—¿Marianne? —preguntó él de pronto, parándome en seco.

Me puse alerta.

—Sí.

—Bonito nombre.

—Sí.

—¿Cuánto hace que la tienes?

—Me la mandó Matilde hace unas semanas. Aunque, ahora que mamá ya no está y que puedo hacer vida casi

normal, no voy a seguir necesiándola. Además, ya sabes que no me gusta tener a gente en casa.

Retomé enseguida la conversación y volvimos a la normalidad del satélite durante unos minutos.

—Y esa Marianne, ¿es guapa?

Tuve que tapar el auricular para que el omnipotente radar de papá no me oyera sonreír.

—No fastidies, papá, podría ser tu nieta.

Me lanzó un bufido de fastidio.

—Sólo era curiosidad.

—Ya. De todas formas, no creo que llegues a conocerla. Se ha ido unos días a casa de sus padres. Tiene a su abuela enferma y me ha pedido permiso para pasar algún tiempo con ella.

Mentí. Mentí para salir del paso y, como mala mentirosa que soy, olvido siempre los detalles de mis mentiras y tengo que pellizcarme de vez en cuando para recordarme la versión original de lo que invento. La realidad es que he enviado a Marianne a casa de Matilde para que la ayude a darle un buen repaso al hostal, porque a priori el binomio Marianne-papá se anunciaba una mala combinación. Supongo que Matilde no me lo agradecerá, pero eso ahora me da igual. Tengo todavía tanto por hacer, tantos capítulos por cerrar y tantas decisiones pendientes, que el alivio que siento viéndome libre de ella lo justifica casi todo.

No, no está. Marianne no está. Cuando la vida vuelva a la normalidad, hablaré con ella.

La mano, pregunta papá. Si me duele.

—Depende del día, como todo. —Dos gaviotas enormes planean sobre la cruz de la iglesia, chillando como un par de niñas de camino a casa. Al volver los ojos hacia ellas, veo a Lucas con el gesto encogido y la mirada perdida en el suelo. Lucas ha llegado preocupado. Creí al principio que el nubarrón que arrastra con él desde ayer es el reflejo de su duelo particular por mamá. Ahora ya no estoy tan segura. Hay algo en sus gestos, en su forma de estar y de no estar que lo aleja de este aquí más inmediato, acordonándonos fuera.

Ido. Lucas está ido o no llegado y de momento no puedo imaginar por dónde empezar a buscar.

Verónica lo atrae hacia ella y le quita el cigarrillo de la mano para darle una calada mientras papá chasquea la lengua, se levanta y me tiende la mano.

—Ayúdame, hija.

No le entiendo. Por el brillo que veo en sus ojos, algo me dice que papá prepara el escenario para alguno de sus trucos con final sorpresa, pero estoy demasiado cansada para seguirle el juego. Él continúa con la mano tendida. No es de los que tiran fácilmente la toalla. Yo tampoco. Soy la hija de mi padre. Eso decía siempre mamá.

—Está bien. —Suelta un bufido de mala leche y sube con cuidado a la losa que cubre la tumba. Luego, con una flexibilidad que yo no tengo, se pone en cuclillas y se

deja caer suavemente hacia atrás sobre la piedra vieja hasta quedar completamente estirado sobre ella.

Verónica y Lucas se vuelven a mirarle. Ella esboza una sonrisa que corrige al instante.

—Abuelo...

Papá cierra los ojos y levanta los brazos.

—Dime.

—¿Se puede saber qué haces?

—¿A ti qué te parece? —pregunta él con un ceño de cejas blancas.

Verónica no espera.

—No creo que te haga ninguna gracia saberlo.

—Soy todo oídos —le contesta él, clavándola ahora sí con la mirada—. Este caballero tiene siempre tiempo para una buena verdad.

La verdad. Verónica se cruza de brazos. Desde arriba, un viejo loco vestido de blanco dormita estirado sobre la tumba de mamá, ésa es la verdad. Y también que de pronto, viéndole actuar así, la niebla que hace apenas dos días levantó la noticia de su llegada empieza a disiparse y la luz tenue de una certeza toma forma en mi mente cansada. Viéndole así, actuando ante nosotros como si nada de esto fuera con él, leo entre las líneas de su presencia y sé que papá ha venido para algo que no es el duelo por la muerte de mamá. El viejo tiene un plan. Trama cosas, algún golpe de efecto que ninguno de los tres imaginamos todavía. Su mente no descansa.

—La verdad es que a tu edad deberías ser más respetuoso con el dolor de los demás, joder —replica Verónica—. Y que no sé si a la abuela le habría gustado tenerte hoy aquí después de todos estos años.

Papá suelta un suspiro y pone los ojos en blanco.

—Bah, tú qué sabrás —murmura, arqueando una ceja—. Qué sabe nadie —declama, imitando a otra de las grandes voces con cuya presencia en el mundo ha tenido que bregar desde siempre y cuya leyenda detesta. Luego nos salpica con una risotada de hombre de mundo y da una palmada en la tumba que provoca un respingo en Lucas—. Dos cosas. Eso es lo que hago, pequeña —añade, volviéndose de nuevo hacia Verónica.

Dos cosas, dice con la ceja todavía arqueada. Papá quiere jugar y cuando juega es peligroso.

—La primera —empieza con la voz envarada, alternando la mirada entre los tres—, es... —carraspea y hace una pausa. Ahora es el cantante ante su público, esperando el aplauso, reclamando atención— ... aprovechar que estoy aquí para confirmar lo que ya sabía.

Le miramos sin comprender. Una nueva pausa y un suspiro impaciente. Papá estira los pies.

—Que-no-que-po.

Nos miramos. Los cuatro. Es cierto: le asoman los pies desde el borde de la tumba como de un colchón de 1,80. Los levanta, dejando a la vista los calcetines de rayón y se lleva la mano a la canilla.

—Por aquí —dice, señalándose el calcetín con el dedo con voz de fastidio—. Cuando me muera, habrá que cortar por aquí.

Verónica sonríe a pesar de ella y Lucas parece concentrarse de pronto en lo que tiene delante, llevándose la mano a la ceja y tocándosela con un gesto nervioso. Luego también él sonríe. Hay en su sonrisa una dulzura frágil, como la de su madre. Eso y más cosas.

—¿Y la otra? —pregunta de pronto, sorprendiéndonos un poco a todos. También a su abuelo.

Papá se vuelve a mirarle y en sus ojos sonríe alguien a quien no veo desde hace tiempo. Una de sus versiones que menos se prodiga.

—¿La otra qué?

—La segunda. Has dicho que había dos cosas —suelta Verónica con una mueca de impaciencia.

Habla papá.

—La otra es que este viejo está muy cansado —dice con un nuevo suspiro, apoyándose sobre un codo e intentando incorporarse hasta que por fin lo consigue. Luego deja escapar un pequeño eructo de caballero y se lleva la mano al costado con una mueca de dolor tan fugaz, tan fácilmente corregida, que no alcanzo a incorporarla del todo. De pronto le veo mayor—. Y que a veces no sé qué hacer para que la vida no me pese tanto.

Verdades. Papá es mejor cuando actúa que cuando decide ser él, porque cuando no actúa nos llega a estallidos

como un reguero de cartas atrasadas no siempre llenas de buenas noticias. Emerge entonces el Rodolfo humano, torpemente humano. Y, ante sus palabras, ante una confesión tan cruda y poco trabajada, los tres nos replegamos contra la realidad de la tarde, volviendo al cementerio, a mamá bajo tierra, a lo más físico. Me invade una oleada de añoranza por ella y, por primera vez desde que la vi morir en el hospital, palpo físicamente su carencia y entiendo que no podré volver a verla. Nunca más. Que ahora sólo es ausencia: ausencia de su mal humor, de su genio torcido, de su mirada de madre dolida, pero ausencia al fin y al cabo.

Verónica me mira y cierra las manos. No le gustan las verdades a bocajarro, sobre todo si no son las suyas. Tampoco las sorpresas.

—Creo que deberíamos irnos —dice con la voz cortante como un cuchillo, volviéndose hacia el portón de hierro—. Le he dicho al padre Julián que le devolvería las llaves antes de las siete.